Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLI | San José, Costa Rica **1945** Miércoles 30 de Mayo | No. 23

Año XXV — No. 988

Sarmiento, el educador

Por R. Brenes Mesén

(En el Rep. Amer.)



Domingo F. Sarmiento
(Retrato hecho por Carvalho en 1884)

San Martín y Bolívar tajaron con sus espadas los vínculos de las colonias españolas en América del Sur y las constituyeron en Repúblicas. Bello y Sarmiento se consagraron a civilizarlas. Bello y San Martín son los clásicos de la acción y del pensamiento en Hispano América; Bolívar y Sarmiento son sus grandes románticos, apareciendo así en los orígenes mismos de la juventud del Continente Sud Americano ese equilibrio entre el corazón y el intelecto sin el cual todo vuelo es un arrastre con una ala sola.

Sarmiento es civilizador por excelencia; apenas adolescente, hallándose en compañía de don José de Oro allá en San Francisco de Monte, enseña a leer a un grupo de mocetones campesinos, abriendo de esa suerte, su primera escuela; y a los setenta y siete años, cuando ya ha oído los remos de Caronte que se acercan, está con la preocupación de la educación de las masas de inmigrantes que arriban a la República. Civilización y barbarie son los dos polos magnéticos entre los cuales se agita la total mentalidad de Sarmiento; entre estas dos zonas se deslizan su acción y su pensar a lo largo de su tenaz batallar de sesenta años. Escribir acerca de Sarmiento como educador es desenvolver una vez más la integridad de su vida, aun la del político, pues que en vísperas de inaugurar su presidencia en discurso dirigido a preceptoras y maestros que le recibían en la capital, pronunció estas palabras: "Vamos, pues, a constituir la democracia pura, y para esto, no cuento sólo con los maestros, sino con toda esa juventud que forma una generación entera, que me ayudará en la obra. Para eso *necesitamos hacer de toda la República una escuela*". Con ser Presidente no cesaba de ser el educador, el Civilizador.

Mas no llegó de un solo remonte a la visión del estadista civilizador. A tanta altura se elevó por grados, cada vez más amplios y seguros.

Comienza por instruirse a sí mismo. Dificultades de orden económico o de orden político en la provincia de San Juan le impiden salir de ella para dirigirse a Córdoba o a Buenos Aires y se adentra en las lecturas que tiene a su alcance. Aprende a leer el francés en cosa de mes y medio y con esto le queda abierta de par en par la vasta universidad de la rica literatura francesa, mediante la cual principia a señorear las ideas liberales que prevalecen en la filosofía política de Francia en aquella hora.

Fué de maestro de escuela su primer empleo. Intenta reformar las rezagadas prácticas que encuentra y el gobernador De la Fuente, de Putaendo, le destituye.

La inquietud revolucionaria no da firme asiento a las ideas que ha venido absorbiendo en sus lecturas, cada vez más devoradoras y continuas. El siente que su cabeza ya va irguiéndose sobre la masa obscura de la barbarie ambiente que envolvió su adolescencia. Mas no se ha descubierto a sí mismo.

Ahora aprende el inglés. Es un nuevo lecho de mármol labrado para otro gran torrente de conocimientos y de ideas que se derramará sobre la fertilidad de su ardoroso ingenio. El maestro deviene educador.

Durante el período de su servicio militar en la guerra civil del 29 al 31 se ha puesto en contacto con las masas humanas, con sus virtudes y sus pasiones: ha comenzado a deletrear la vida. En adelante amará las masas; hará por ellas cuanto esté a su alcance, pero sabe que "no está en ellas la vida política de la nación, sino en la minoría culta".

En lo cual guardaba esa no desmentida semejanza de los generosos o vengativos aristócratas que desde Alcibíades y los Gracos hasta nuestros días han abierto horizontes y afirmado orientaciones para las masas amedusadas y sin forma.

El libro, sin embargo, tiene para él una fascinación invencible. Desde 1833 se había dado cuenta de que él podía enseñarse a sí mismo, de que la abundante lectura es como las "inundaciones de los ríos cuyas aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno". De allí aquella arraigada convicción suya de que uno puede aprender por sí mismo cuanto desee. Es el más recio paladín del autodi-

dactismo, porque predicó a la vez con la palabra y con el ejemplo. Y en esta profunda confianza en las fuerzas internas del hombre, Sarmiento es de la estirpe de Emerson y Carlyle, sus contemporáneos. De quienes se diferencia, sin embargo, por su combatiente pragmatismo de civilizador; pues que para éstos la preocupación constante es la realidad trascendente como causa de la existencia del mundo material, en tanto que para Sarmiento la preocupación es alcanzar la victoria de la Civilización sobre la barbarie, en ese mundo material. Y es esta lucha en el mundo de los fenómenos lo que hace del argentino un civilizador.

En 1838 vive Sarmiento en San Juan adonde llega su amigo Manuel Quiroga Rosas con rica biblioteca de los celebrados pensadores de la época: "Villemain, Schlegel, en literatura; Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la Revista Enciclopédica, como síntesis de todas las doctrinas... "De esta suerte— dice él —"hice mis dos años de filosofía e historia, y concluído aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar". Este es también el despertar del educador. Comprende que no es bastante trasmitir los conocimientos. Se hace necesaria 'la formación de las ideas" propias, mediante la reflexión, y traducir en espíritu americano aquella esencia del espíritu europeo, por asimilación profunda.

En julio de 1839 inaugura en San Juan el Colegio de Señoritas de Santa Rosa. Era el primero de su clase en la República. Sarmiento establece el Colegio en la forma de un pensionado, porque su propósito es no tan sólo dirigir las ideas sino también "formar las costumbres" de parte "tan importante de la sociedad". Formar las costumbres es ya un rasgo distintivo de la educación. El plan de estudios que concibe y que aplica revela este nuevo desenvolvimiento de su vida intelectual. Y fué su primer discurso el pronunciado en la inauguración de ese Colegio de Señoritas. Carece de fuerza, de la energía que supo desplegar más adelante; pero es obvio en él que el educador está presente. La política regional le aventó al destierro y se clausuró el Colegio. Diez años más tarde vendrá a su memoria, como una fragancia frutal, el recuerdo de esta institución dirigida con inteligencia y con amor.

En realidad Chile no fué para Sarmiento un destierro; antes por el contrario, aquí encontró amigos de valía y un campo favorable para el desenvolvimiento de las ideas que había venido cultivando y asimilándose durante los tres años de su estudiosa estancia en San Juan. Es en estos días cuando Sarmiento se descubre escritor haciendo publicar en *El Mercurio de Valparaíso* el artículo que de la noche a la mañana le da la reputación de escritor. Lo cual no pudo ser indiferente a su labor educativa, pues que de aquella suerte entró en buenas relaciones con los hombres prominentes del partido conservador chileno. Apoya la candidatura del general Bulnes y su Ministro don Manuel Montt le da la dirección de la Escuela Normal de Preceptores en 1942. Es la segunda escuela normal en el continente americano.

En la administración de esta escuela se dan la mano el instructor y el educador. Enseña alguna de las asignaturas del plan de estudios; pero también se asocia amigablemente con los alumnos. El siente y sabe que de esa asociación del hombre de cultura y del educando brota para éste el manantial de las ideas, y entonces concibe el ideal de su vida o se determina a seguir el ejemplo de las excelencias que admira en este superior amigo suyo.

Una mirada crítica dirigida al programa de la escuela, sin tener en cuenta las circunstancias de su aparición, encontrará deficiencias importantes, lagunas imperdonables en una escuela destinada a preceptores; mas si se advierte que no tenía modelos a su alcance cuando el Ministro Montt le pidió que redactase el decreto en que tal escuela se creaba y que todo debió salir del entendimiento que se había formado de una escuela normal, se comprenderá la significación de su obra. Y en todo caso su sentido claro de la realidad ambiente había de llevarle a la gradual transformación de su primer esbozo.

Los resultados de esa escuela normal por Sarmiento dirigida no fueron tan halagadores como los de aquel primer Colegio de Señoritas que fundara en San Juan. La asistencia fué poca numerosa, sin adecuada preparación previa y carente de aquellas cualidades que pueden hacer de un joven un maestro bien logrado. Por otra parte, la escuela tenía un excelente director en Sarmiento, pero la facultad no se levantaba por encima de los maestros de primera enseñanza. La escuela estuvo condenada a ser, por algún tiempo, la encarnación de un buen propósito, nada más. Quizá si esta certidumbre le indujo a establecer, en compañía de su amigo Vicente Fidel López, el *Liceo* allí mismo en Santiago. Mas un temperamento como el suyo, no domesticado por la disciplina domadora de colegios y universidades, mal podía avenirse a guardar silencio cuando la oportunidad se le ofrecía de defender las ideas que profesaba. Y así, por levantar su voz en defensa de las ideas liberales de Francisco Bilbao, vióse compelido a dejar la dirección del Liceo en manos de su compañero López.

Este es también el período de una gran actividad literaria; porque Director de *El Progreso*, publica en folletín una de sus más bellas obras: *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, en donde los varios talentos de Sarmiento aparecen en confiada madurez. Aquí están el narrador, el pintor de poético y de vigoroso pincel, el sociólogo, el político. El autor de este libro ha cesado ya de ser el maestro de escuela o director de pequeño colegio: es el pensador que se levanta por encima del educador a mirar los lazos íntimos de la idea y la acción que la encarna, del medio ambiente y del hombre que se le humilla o que lo vence y lo sujeta a sus necesidades o a sus ideales, según sean su determinación y su coraje.

Y al mismo tiempo que publicaba el libro

trabajaba en aquel *Método de lectura gradual* que dió la vuelta al continente así por los principios en que se fundaba como porque la obra respondía a una necesidad generalmente sentida en todas las naciones de Ibero-América. La vitalidad de su *Silabario* alcanzó casi un siglo.

A bordo de un velero en 1845 emprendió Sarmiento su viaje de Anacarsis por Europa y los Estados Unidos. Habíasele encomendado el estudio de la educación normal y de los métodos de colonización adoptados por Europa. Su viaje es lento; pero al llegar a Montevideo, unas seis o siete semanas después se restaura de su fatiga estrechando las manos de aquellos otros eminentes desterrados argentinos que fueron Bartolomé Mitre, Florencio Varela. Esteban Echeverría. Pisa el suelo de Francia como quien entra en la maravilla de un ensueño, porque se le agolpan a la memoria los nombres que daban esplendor a sus bellos días de estudio, allá en San Juan, en la biblioteca de su buen amigo Quiroga Rosas: Jouffroi, Cousin, Tocqueville, Guizot. Más pronto sus ojos zahoríes adivinan el íntimo sentido de la fatídica paradoja que le ofrece Europa. Aquí también, como en la pampa de su *Facundo*, peor que en ella, la barbarie forma ruedo circundante a la civilización y aun penetra en sus entrañas. Esta visión y la de España cuyo atraso a la sazón cuenta centurias, le permiten comprender mejor cuánto Prusia y los Estados Unidos piensan y ejecutan en materias educativas. Francia le ofrece un saliente modelo de Escuela Normal: la de Versalles. Aquí se instaló Sarmiento por espacio de algunas semanas para observar detenidamente el funcionamiento de la Escuela, para cuyo Director el Ministro Guizot le había dado una carta de presentación.

El informe que de París dirige al Rector de la Universidad de Chile es luminoso así por lo que enseña respecto de la organización del establecimiento como por la ampliación y hondura de las ideas que aquí se manifiestan ya. El educador se consolida. Lo que antes en él era barruntos ahora se torna concepción clara; lo que otrora fué insegura intuición es ya inconcusa certidumbre. Versalles sanciona las concepciones, las ensancha, les da el fundamento filosófico y académico que a su juicio les faltaba. Sarmiento se enorgullece de haber acertado en su Escuela Normal en cuanto en ella había de positivo; no puede contar como errores sus lagunas. Ya de aquí en adelante será la educación para él una disciplina del entendimiento, de los deseos, del corazón, del carácter: él ha visto cómo en Versalles se carga el acento sobre las cualidades que imparten dignidad al carácter del hombre. De aquí en adelante será para él una totalidad armónica el hombre, íntegro objeto de la educación.

Aquí, por la primera vez, entró de manera definitiva y total en la mente de Sarmiento el concepto de la potencia modeladora de sentimientos y costumbres que posee la música. Es verdad que en el Colegio de Señoritas de San Juan él había introducido la música en el plan de estudios, pero lo fué con un sentido de estética, de adorno en la mujer; no con el hondo significado de energía creadora de sentimientos y de costumbres que la Escuela Normal de Versalles le reveló en su plenitud.

También ahora se da cuenta de la necesidad de las escuelas elementales y las bibliotecas anexas a las Escuelas Normales. Esto es, sus conceptos se definen y se redondean.

En Prusia aprende Sarmiento de manera muy objetiva lo que atañe a la educación obligatoria y a la recaudación de la renta destinada a su sostenimiento. Y con estas nociones que pervaden la sustancia misma de su entendimiento se completa el ciclo necesario de la educación popular: obligatoria, gratuita, gradual, integral, con un propósito, con un método, con una renta. Un paso más y habrá entrado en la vasta esfera del estadista.

Alcanza ese momento cuando en la Revolución de 1848 los políticos franceses discuten una vez más las ideas liberales. Durante ese período se formula el dogma de que el Estado debe asegurar la educación de los individuos. Es un deber imperativo que priva sobre sus demás deberes. En esta disposición legal ha seguido el ejemplo de Prusia que constituye para Sarmiento un ideal en materia de legislación municipal relativa a las escuelas cuyo sostén no puede posponerse a necesidades de ningún otro orden.

Los pensamientos de Guizot en materias de educación contribuyen a orientar a Sarmiento, no ya sólo en cuestiones de dirección e inspeción de escuelas, sino también en las de superior administración ministerial que necesariamente mira los conjuntos para armonizarlos con los otros departamentos del Estado. Las actividades de Guizot alzaron el pensamiento del argentino. La estadística, entonces en su primera juventud, fué ciencia que se le reveló a Sarmiento como auxiliar del estadista, del legislador, del hombre público. Y comenzó a servirse de ella con el acierto característico de su genio.

Su entusiasmo por lo que entonces los paladines de la Revolución del 48 se disponían a ejecutar en pro de la educación popular quizás contribuyó a dar más firme asiento y amplitud a sus convicciones. Las líneas de su pensamiento se acusan y el ideal de su obra de estadista se perfila: él será tan grande como Guizot o como Thiers. Sarmiento antes de su viaje intuía; en Europa corrobora cuanto ha-

bía presentido como verdad; en los Estados Unidos ase por las astas su destino, exalta la confianza en sí mismo y cuanto ve aquí le enciende el anhelo de traducirlo en espíritu sudamericano, se le puebla la imaginación de proyectos y el corazón se le llena de la alegría de hacer, de inspirar, de fundar, de crear. Es el período de la magnificencia intelectual de Sarmiento. De allí que el recuerdo de cuanto aprendió en los Estados Unidos perdurará siempre. Si tiene una robusta fe en el éxito final de sus ideas es porque él las ha visto encarnadas en una realidad objetiva contra la cual vienen a despedazarse todos los argumentos de sus adversarios. Sobre las más de las materias que en adelante discutirá sus declaraciones son conocimieno, que deriva de la observación de las instituciones, de las conversaciones con los hombres.

Entre éstos hay uno por quien Sarmiento abrigó admiración, y afecto, y gratitud: Horacio Mann.

Su amistad significó para Sarmiento un más hondo y más seguro anclaje para sus ideas de estadista, de educador y de escritor. Horacio Mann fué uno de esos hombres que llevan el calor de la persuación en la voz, osado y reflexivo a la vez, a quien la visión y comprensión de un claro ideal le llevan necesariamente a la reforma o a la creación de instituciones. En su compañía tuvo Sarmiento escuela de civilizador, no porque Mann lo fuera en el mismo lato sentido que lo fué Sarmiento, sino porque Mann ejerció un alto y duradero influjo en Nueva York, sin poseer, en ciertas provincias de la administración escolar otra autoridad que la que le daba su prestigio, a la manera de aquel otro civilizador de Atenas, que se llamó Pericles, cuyo despotismo intelectual gobernó los bellos años de la marmorización de la Acrópolis, sin otra autoridad civil que la de su buen gusto y el señorío de su genio.

En Horacio Mann vió Sarmiento un ilustre ejemplo de lo que el reformador puede realizar aun sin el concurso de la ley, por la sola fuerza de su convicción, de su tacto y su paciencia; porque, después de todo, la reforma sólo se hace viva en la voluntad de cambio de los hombres. En la compañía de este educador logró Sarmiento estudiar la recaudación de fondos para las escuelas; se enteró allí de la contribución del Estado, de la municipalidad y del individuo en contraste con la recaudación hecha mediante el gravamen de la propiedad ubicada en la localidad servida por la escuela. Es aquí donde siente y ve con claridad la función del administrador práctico que le permitió resumir en una sola frase, en respuesta al Ministro de Instrucción Pública de Chile que preguntaba acerca de la manera de resolver el problema de las escuelas: "Edificios propios; rentas propias". Y aquí también pudo satisfacer su curiosidad acerca de la arquitectura escolar a que dedicó atención bastante como para llenar de edificios escolares las tierras del Continente: vió numerosos edificios en las ciudades y en los campos, estudió sus diversos servicios, las distribuciones de aulas, de patios; inquirió, leyó planos y presupuestos: se informó tan minuciosamente como si fuese un arquitecto, seguro de que algún dia habría de construirlas en su patria. Admiró los jardines y los huertos que circundaban la escuela de Salem y llegó a considerarles como parte integrante de los fundamentales medios de educación de la escuela, no sólo como sitios de recreo, sino también como lugares que permitirían la actividad manual, el cultivo del gusto por los encantos de la naturaleza, por la observación científica, la elevación del pensamiento de los alumnos en medio de todos estos atractivos llamados a establecer el equilibrio entre el mundo de los libros y el mundo ambiente que damos en considerar como la realidad de la vida. Y fué aquí también donde se le reveló la altísima función civilizadora del árbol en la vecindad del hombre. Una escuela sin árboles en sus contornos venía a ser una escuela incompleta. De allí aquel acento que ponía en la necesidad de amplios espacios para la erección de los edificios escolares. Mas no de menor importancia fué su descubrimiento de la emigración de las ideas que le asaltó repentinamente al recordar aquí que cuando salía de Chile había visto cómo los caminos iban embelleciéndose con los árboles plantados a su vera, y cómo en los diversos países de Europa que visitó había ocurrido lo mismo, y ahora, en Nueva Inglaterra; hay pues, un viajar, un emigrar de las ideas. Es como si un divino sembrador en un mismo instante las diseminase por el mundo.

Un poco más y se habría remontado a la concepción de la cultura como una potencia inmanente en las generaciones que se desenvuelven a un mismo tiempo, ya para favorecer positivamente su desarrollo, ya para oponerse a el, lo cual es otra manera de favorecerlo impartiéndole vitalidad y solidez en la oposición.

Quizá si el hecho de que Sarmiento no se sometió en su juventud a la domadora disciplina de los colegios contribuyó a mantener el hervor de su genio en una bullente confusión que le arrastra a derramar los regueros de sus ideas en estimulante desarreglo. Así los jardines de la escuela tientan al sociólogo que hubo siempre en Sarmiento a reflexionar que ellos servirían para transformar los muladares que él ha visto en la proximidad de las escuelas en diferentes lugares de América en lugares de deleite donde la belleza y la limpieza ayudarían a levantar el pensamiento y refinar la sensibilidad de los vecinos. Lo cual le sugiere aquella bella exhortación a los acaudalados de los pueblos a dedicar parte de su fortuna a la edificación de tales escuelas, "templos de la inteligencia", como él las designa. Y tiene en la mente las escuelas norteamericanas, porque éstas son las que él prefiere entre todas las que ha visto y estudiado en Europa.

Y el interior de la escuela merécele la misma cuidadosa atención que el exterior y los alrededores del edificio: aire, luz, agua, ventilación, calefacción, distribución de salas y de servicios, asientos y postura de los niños: ninguna de estas cosas es superflua. La presencia del reloj le induce a considerar la división del tiempo en los pueblos de América: a primas, a misas mayores, a las doce, a vísperas, a la oración, a ánimas, a la queda, términos que traen a la memoria el vasto reloj eclesiástico por el cual se reguló la vida de nuestra América por espacio de tres centurias, sin que estemos seguros de que haya desapare-

cido del todo en los remotos villorios del Continente.

El reloj sugiere el termómetro para las observaciones diarias que servirán para construír las gráficas termométricas del país.

En esas escuelas que ha visitado, ha comprendido el valor del silencio como un medio de disciplina interior, por tanto de saliente importancia educativa, y lo recomienda, y sugiere el procedimiento aplicable para obtener ese silencio, así como el que precede a una verdadera atención.

Se adentra en la explicación del sistema de Lancaster tan difundido en su época, y en el de Morin, a quien conoció y de quien recibió todos los detalles adecuados a una aplicación de él en la América.

Sarmiento no se ahorra ni los detalles, ni los principios, ni las doctrinas. Es insaciable. Todo lo abarca y expone con tal énfasis que se nos pierde la perspectiva, todo se nos viene al primer plano, lo cual es un rasgo característico del maestro de grande imaginación que se ha empeñado en infundir vida a cuanto enseña.

En sus *Recuerdos de Provincia* nos dejó ver la tenacidad de liana de su memoria: sus remebranzas son claras, definidas, firmes. San Juan fué para Sarmiento como uno de esos lechos de arenas menudas, doradas, incrustado de chinas de colores, sobre el cual fluyeron transparentes las aguas presurosas de su vida. San Juan nunca dejó de verse en el fondo. Tal vez si sea esto lo que sazona el sabroso gusto de su pensamiento así como de su prosa. San Juan se dejó ver siempre en la obra del gran argentino. Así, después de exponer los sistemas de Lancaster y de Morin, se le viene a los gavilanes de la pluma el palpitante recuerdo de San Juan. Y se siente una especie de secreto orgullo en el pensamiento de este hombre que, después de haber visto muchas cosas en aquellos países exaltados por la historia y por la imaginación y por la distancia, descubre que allá en su lugar natal, dentro del horizonte que abarca el sonido de las campanas de una capital de provincia, se ha dado sustancia y cuerpo a ideas que no se sospechaba tuviesen tanta y tan juvenil virtud. Lo que él ha visto y realizado en San Juan no desmerece al lado de lo que ha venido estudiando en Europa y en los Estados Unidos. Es verdad que aquí ha enconrtado mucho que es mejor, pero que no se desenvuelve en diferentes líneas de pensamiento, que no supone una diferente concepción de los problemas educativos que se contemplan en San Juan. La lectura, por ejemplo, se ha enseñado en su provincia de manera semejante a como aconseja el sistema de Morin: insistiendo en los sonidos mismos y no en el nombre de las letras, por constituir esto último un absurdo que dificulta el progreso del aprendizaje.

La discusión del asunto le trae el recuerdo

del filólogo húngaro que conoció en Boston, Kraitzir, que le presenta como suyo el triángulo de las vocales en relación con el ángulo de su fonación. Sarmiento seguramente no conocía los trabajos de Jacobo Luis Grimm.

Y por aquí se derrama su pensamiento hasta correr de nuevo sobre aquel campo de la Ortografía por donde había lanzado los escuadrones de su caballería en la polémica sobre la reforma ortográfica iniciada por él, revolucionario, y por Bello, el reformador moderado, a raíz de la creación de la Facultad de Humanidades de Chile. Pero ahora lleva la discusión de la reforma a Madrid mismo. Sarmiento lucha por la reforma no como filólogo sino como educador del pueblo; por eso es sardónica su respuesta al argumento de que con tal reforma se perdería la posibilidad de distinguir entre la persona educada y la que no lo es y se enfuruña contra el aristocrático argumento de la etimología que se compromete si no aparece en cada palabra de la lengua escrita. Y se alza en rebelión contra la Academia de la Lengua que se niega a considerar y resolver el problema de la Ortografía desde un punto de vista educativo, en vez de continuar manteniendo un híbrido criterio que a nadie satisface del todo, y en cierto modo contra el impulso inicial de sus primeros trabajos durante el siglo XVIII, cuando eliminó la *ph*, *th*, *qu*, con lo cual se simplificaba y embellecía la lengua.

La doctrina de Sarmiento es sólida en todo lo relativo a la historia de la ortografía, no así en lo que respecta a la historia de la literatura de ese mismo siglo dieciocho. Lo que le parece muy cierto es que no halla en la España de entonces nombres que puedan ponerse con honor al lado de los de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, que han sido objeto de su admiración por aquellos años de su labor de periodista y profesor en Santiago. Y mucho le hace reír con ironía el hecho de que en España, donde se defiende la ortografía etimológica, no haya más de treinta personas que hayan estudiado y conozcan el griego, cuando en Francia, por el contrario, lo saben leer todos quienes pasan por las aulas del colegio. "En todos los profesores y literatos españoles con quiene hablé hallé la misma resistencia y el mismo espíritu de conservación de los orígenes, que me apiadaba de ver tanta ilusión y tan poco estudio".

Y la obra fundamental de Sarmiento en materias de educación se termina con un alegato en favor de la *lectura* pública. Y cabría que en América diésemos la preferencia a esta palabra, pues que *conferencia* implica un cambio de ideas entre dos o más personas, un debate, que sólo por excepción surge en nuestras conferencias. La lectura toma en lo laico la función de la plática eclesiástica; y como de ordinario, aun cuando no se lleve manuscrito, se llevan simples notas, no resulta falsa la designación de *lectura*.

Su carrera política le asciende a la Gobernación de su provincia, San Juan, en 1862 y durante ese único año es que ejercita las funciones de tal, funda la Quinta Normal, grato recuerdo de la de Santiago de Chile, destinada a entrenar a los agricultores en el uso de todos los nuevos procedimientos agrícolas. E inaugura el Colegio Nacional con un discurso en que declara su pensamiento de que tales instituciones deberían inspirar su obra en las necesidades y posibilidades y características de la región que sirven. Por tanto juzgó que en San Juan debían ser objeto de estudio la física, la mecánica y la quí-

mica, ciencias integrantes de la ingeniería minera, de aplicación inmediata en la Provincia de San Juan.

Y las grandes horas de triunfo se le acercan cuando como Ministro en los Estados Unidos tiene ocasión de entrevistarse con los grandes, con Emerson y Longfellow y Ticknor y una vez más Mann. Se le festeja, se le honra con dos diplomas de Doctor; pero en donde quiera se toma en cuenta su labor de educador y de escritor, que en Sarmiento no son dos diferentes profesiones.

El inmenso país se hace para él la Universidad por excelencia donde aprende y confirma lo que sabe acerca de política, de gobierno, de educación, de agricultura, de industria, de periodismo, de todo cuanto su genio había visto con claridad o adivinado apenas.

Y como Presidente electo regresa a su patria.

En la presidencia fué a la vez el educador y el civilizador. Este había nacido de aquel. Y como lo había prometido y como todos, en especial sus adversarios, afirmaban que haría, el país se llenó de escuelas públicas; y para que las creasen y sostuviesen se concedieron subvenciones a las provincias. Se diseminaron los colegios nacionales en el interior, y se prolongó el período de estudios de cuatro a seis años; y fomentó los laboratorios y gabinetes. Fundó el Colegio Militar, creó la Escuela Naval y levantó en Córdoba, la conservadora, el Observatorio Astronómico y la Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Se establecieron numerosas bibliotecas públicas que fueron de gran significación en la Argentina, pues que intensificaron y acendraron el gusto por la lectura.

Sarmiento fué el campeón de la enseñanza laica movido por un profundo respeto de la libertad de pensamiento y de la conciencia ajena y no vaciló en defenderla con todo su poder en ningún momento de su larga y tormentosa carrera pública con que se honraron él y su patria.

Sarmiento, el civilizador, pudo con orgullo decir: "Todos los caudillos llevan mi marca", pero a todos les había combatido con la pluma o con la espada. El había puesto fin a aquella forma de la barbarie que anatematizara en su *Facundo*. Hizo más, no sin dejar de recordar algunos de los modelos norteamericanos que le habían inspirado tantas buenas cosas en su vida: añadió nuevos cimientos a los que ya existían y sobre los cuales van asentándose la fortuna, la cultura y la grandeza de nuestra admirada República Argentina.

El tesoro escondido

(En el Rep. Amer.)

Cada día me doy más cuenta de la importancia del "aquí" y del "ahora". De la importancia del "aquí" y del "ahora" para ser feliz. Si hemos de ser felices, hemos de serlo aquí y ahora. Porque si no, ¿para cuándo y para dónde lo vamos a dejar? Motivos tontos nos impiden ser dichosos aquí y ahora y cuando querramos serlo ya la ocasión habrá pasado. Entonces una enfermedad, una quiebra física o moral, un suceso imprevisto, nos impedirá para siempre ser felices.

¿Qué es la felicidad? Es la canción del corazón libre y espontáneamente expresada. Si no es libre y espontánea, entonces no es del corazón ni es de felicidad. La felicidad es como los pájaros, como la luz del cielo, como las nubes. Es libre y suelta. Es vagorosa. Es incoercible. La felicidad es una planta natural que crece en el corazón. Lo que no sea eso es felicidad mentirosa, artificial. Felicidad de exibición, de vanidad. Para mostrársela "a los amigos", para que crean que somos felices y nos envidien. Pero, eso y las cosillas que se exhiben en los escaparates de las tiendas, son la misma cosa.

La felicidad no se compra en las tiendas. No cabe en un guardarropa ni en una nevera. La felicidad es más grande que todo eso. No obstante, cuesta menos, es más barata que todo lo que puede adquirirse en las tiendas. La felicidad es el tesoro más precioso pero, como todos los dones del espíritu, no es dada gratuitamente. Los más bellos dones del espíritu, como los más útiles regalos de la naturaleza—la luz del sol, el aire, la lluvia—no están en el mercado, no son objeto de compra y venta. Llueven del cielo y se desparraman por igual entre todos los hombres.

La felicidad es la alegría natural de los seres. Es el estado natural de los seres. Mirad las aves, los peces, los animales domésticos, los que se mueven entre las hierbas y las piedras del campo. Todos son felices. Todos viven despreocupados, serenos, imperturbabes. Su actitud, sus movimientos, son sueltos como de quien no está embarazado por la preocupación y la tristeza. Los pájaros serán siempre la envidia de los hombres. ¿Quién no ha deseado ser uno de esos seres voladores, libres, felices, del espacio?

La felicidad es tan vasta que es inaprehensible como la inmensidad, como el infinito. Sin embargo, cabe en el alma porque el alma es tan vasta como el infinito. La felicidad es lo más barato y lo más caro; lo más fácil y lo más difícil; lo más cercano y lo más lejano.

La felicidad está dentro de nosotros, pero hay que saber encontrarla. Es tan ligera, tan transparente, tan sutil, que algunos no la ven, no la encuentran. Hacemos largos viajes para conseguir la felicidad y la felicidad está en casa. Libramos descomunales batallas para conquistar la felicidad y la felicidad es la Bella Durmiente que reposa sobre nuestro corazón.

Hoy es difícil ser feliz porque la vida de hoy es lo contrario de la felicidad. Es la dirección contraria. Bogamos por un mar lleno de arrecifes. De ahí tantos naufragios y angustias.

Epicteto el esclavo que se hizo inmortal por su sabiduría, escribió: "No está en nuestras manos el ser ricos, pero sí el ser felices. Además, las riquezas no son siempre un bien, sobre que suelen ser poco duraderas. En cambio, la felicidad que proviene de la sabiduría dura siempre". Y en otra parte dice: "¡Cuán ciego e injusto eres! En ti está no depender más que de ti mismo y te esfuerzas en depender de un millar de cosas que te son ajenas y que te alejan de todo verdadero bien".

Ser felices aquí y ahora. Aquí y ahora cuando el sol luce en una hermosa mañana y los árboles y las plantas florecidas,—como para aclamar nuestra felicidad—, nos invitan a la vida libre, a la vida sencilla, pura, profunda e inmensa de todos los seres de la creación. Aquí y ahora.

Luis Villaronga

San Juan, Puerto Rico, 1945.

Democracias que incuban dictaduras

Las tres dolencias fatales de los régimenes democráticos

(Envío de la Atlantic-Pacific Press Agency. London)

La muerte de una democracia parece un contrasentido, una cosa inconcebible, salvo en la forma de suicidio; pero aun el suicidio mismo es en ella un acto democrático: es una mayoría que no quiere, ni seguir unida, ni hacer posible otra. Un pueblo puede tardar siglos en formar y hacer prevalecer la voluntad de gobernarse a sí mismo; pero una vez que lo ha conseguido, nadie, dentro de la nación, podría arrancarle el poder, a no ser que el pueblo lo deje en el arroyo, sea por pereza, sea por miedo.

Y, sin embargo, las democracias han sido en la realidad histórica plantas delicadas y, casi siempre, de duración efímera, si se le compara con la de otros tipos de gobierno. Los demócratas se equivocan cuando creen, a veces, que el régimen democrático es un sistema de gobierno que cualquier país puede adoptar. En primer lugar hay países que no lo quieren, y en ese caso la única solución democrática es no tenerlo. Pero aún suponiendo que la mayoría de una sociedad lo prefiera, la democracia, aunque se apoye en principios científicos, es en su práctica un arte, como la poesía o la pintura. Por firme que sea el empeño de un hombre en ser poeta, y por mucho que estudie tratados de métrica y estética, si no posee el genio inspirador, sus versos serán tan prosaicos, forzados y ridículos como la democracia de un pueblo que no sabe sentirla.

Esta observación no es nueva, es casi tan antigua como la democracia misma. La hizo Aristóteles, diciéndonos que el gobierno del pueblo por el pueblo, puede adoptar una forma morbosa que convierte la voluntad de la mayoría en un gobierno irresponsable, ilimitado y arbitrario, como el que luego pedía Hobbes, el apóstol supremo del absolutismo. De Aristóteles acá la historia nos ha enseñado que hay otras muchas dolencias o tropiezos que hacen caer las democracias.

Uno de esos tropiezos es el fraccionamiento de la opinión de un país, de tal modo que ningún partido consigue mayoría. Los gobiernos se constituyen mediante coaliciones, en las que cada grupo forcejea por predominar y carecen de solidez, de estabilidad y de prestigio.

Otra de las enfermedades es el radicalismo intolerante de una mayoría que, con sus desafueros, aunque sean desafueros constitucionales, aumenta el número de sus enemigos en la proporción en que recurre a la represión contra ellos. Un gobierno de ese tipo tiene que aspirar a convertirse en permanente y a eliminar disidencias y minorías, porque presiente que el que suceda usará, intensificada, la misma política eliminatoria. Una mayoría intransigente, dura y radical, sea de izquierdas o de derechas lleva, por tanto, en su seno el germen de la revolución o de la guerra civil, ni más ni menos que un dictador.

La tercera entre las grandes dolencias, consiste en que, a la sombra de la libertad de prensa y de asociación que es inherente a las verdaderas democracias, se forman a veces partidos parricidas cuyo programa se propone la extinción del régimen que les dió vida. Absolutistas y tradicionalistas, nazis y fascistas, no aceptan la democracia, aunque admitan que el poder político procede del pueblo, porque no creen a éste capaz de gobernarse, y aprisionan las las libertades individuales dentro de los dogmas y la oligarquía de un partido político único y permanente. Los comunistas rechazan también el parlamento de partidos, e instauran una dictadura, pero como paso previo para la supresión del Estado que ellos creen se "marchitará" y se hará innecesario al desaparecer las clases sociales. Los sindicalistas y anarquistas se oponen en absoluto a la democracia, por considerarla producto e instrumento de la burguesía. Los socialistas que se declaran demócratas son un enigma, porque hasta ahora no ha existido nunca una democracia socialista de duración suficiente para comprobar su viabilidad.

Algunos de esos partidos recurren a la "acción directa", es decir a la fuerza material revolucionaria, y tienen más fé en la fecundidad de la violencia que en el pacto de arbitraje mayoritario que lleva implícito la democracia. Esa violencia suscita represión, restricciones de libertad, espionaje policiaco, hasta que la democracia reniega de su esencia a fuerza de defender la democracia, y desemboca en una guerra civil o en una dictadura.

Padecen el colmo de las desdichas los pueblos que se ven atacados por las tres enfermedades: gobiernos de fragmentos mal avenidos, programas de reformas imprudentes, y minorías fuera de la legalidad.

Comparemos el tránsito de la Italia de Nitti a la de Mussolini; el de la Hungría de Karoyli a la de Bela Kun y a la de Horthy; el de la Alemania de Weimar a la de Hitler, la lucha de la Heimwehr fascista con el Schutzbund socialista, que dió al traste con la moderna Constitución austriaca de 1920; el triste final de los esfuerzos de Venizelos en Grecia, y de los de Pilsudski en Polonia, un demócrata socialista que concluyó abominando de la corrupción parlamentaria; la suerte de la Rumania de los Bratianos, que vió su régimen liberal de medio siglo pisoteado por la "Guardia de Hierro"; y la caída de las dos repúblicas, portuguesa y española, que nacieron acariciadas por una opinión entusiasta. Todas esas crisis derivan de alguna o algunas de las tres causas patológicas señaladas. Todas revelan, o que el pueblo no quería realmente gobernar, o que carecía de habilidad, tacto, mesura y flexibilidad.

De aquí se deduce que no hay, ni puede haber, para una democracia otra muerte que la que ella se da y, por tanto, que el pueblo es el causante de las dictaduras o demagogias, sea por su atonía, por su incultura, por sus querellas intestinas o por su neurosis. Imaginar que puede ser curado dándole una Constitución democrática, es como pensar que el tratamiento de un paralítico puede consistir en obligarle a que corra.

Las naciones temporalmente incapaces de democracia (y todas lo han sido algún tiempo, o están en riesgo de serlo) son un grave problema internacional; pero nada se adelanta con inculparlas o humillarlas. Hay, al contrario, que prestarles ayuda para que sanen y se eduquen, mediante una etapa intermedia, más o menos larga, de libertad y de estabilidad legal que haga posibles ensayos parciales de gobierno del pueblo, por ejemplo, en la esfera municipal. Esa etapa ha sido larga, de siglos, en países como Inglaterra, que ha preparado la democracia liberal desde la Edad Media, pero no la ha alcanzado plena hasta muy recientemente, después de la Guerra Mundial. De ahí su solidez.

Desgraciadamente las naciones que caen en dictaduras suelen hacerse agresivas e imperialistas. Cuando esos casos alcanzan la gravedad de demencia peligrosa merecen, como los enfermos mentales, consideración y misericordia; pero, en beneficio suyo y de los demás, hay que impedir que anden sueltos.

José Castillejo

Alejandro
Alvarado
Quirós

Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años, hasta el final de sus días, le dieron apoyo. Ricos de espíritu fueron!

A Luis Carlos Prestes

(En el Rep. Amer.)

Tu retrato reciente,
Capitán del Brasil en agonía,
muestra barba crecida
con un luto que llama, golpeando,
en la luz misma en que amanece el día.

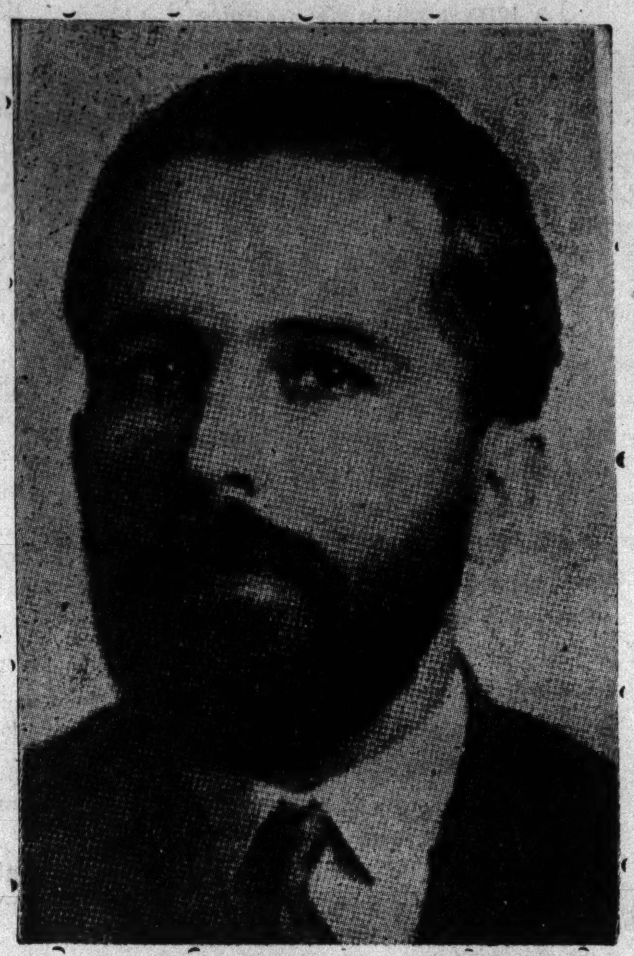
Un luto que oscurece
el haz de las banderas;
la de tu patria, la de la mía,
las de las otras patrias altivas
de los americanos, con su lenta llamada agonía.

No es América nuestra, en concordia y justicia,
mientras crezca tu barba enrarecida
lejos de los mitines populares, lejos
de las miradas y mimos de tu niña;
mientras tus manos en tu selva negra
hallen de vez en cuando la lágrima perdida
que cae de las pupilas
hambrientas por la tierra mexicana
bajo la cual tu pecho de león formidable
llamaradas terribles y ternura anida.

Hemos de devolverte tu espada y tus jornadas amazónicas
y las libres palmeras encendidas
por tu voz, Capitán del Brasil en agonía.

La celda de tú cárcel no te encierra;
pero contigo en soledad, se piensa
en las largas noches de horas divididas
que recorren la entraña y la carcomen
con sus garfios de inútiles hormigas.
Se piensa, hasta el dolor más dolorido,
en esta espera de años que dura todavía
con obsesión de larga pesadilla.

Los cables nos anuncian las victorias;



Luis Carlos Prestes

América está unida;
crece en Chapultepec concordia inteligente
abundante de paz, en clara espiga;
pero aún sigue preso y sin justicia
Prestes, Capitán del Brasil en agonía.

Devolvamos el padre a su niñita;
al huérfano glorioso de la barba aguerrida,
si ya no, la mirada de la anciana
la ruta que lo lleve hasta la tierra
que aguarda su presencia enternecida.
Clamemos, reclamemos, su libertad, su vida;
que nos oiga el Brasil; que América lo exija
con exigencia clara, igual a su alma altiva.

Libertar a Luis Carlos Prestes
es hacer nuestra América más viva
en su llama de amor a la Justicia
y a la libertad; es redimirla
de una sombra que empaña todavía
y oprime el corazón de su cumbrera andina.

No pese más sobre el Brasil la angustia
de la pequeña hija
que irá creciendo al cabo de los días
junto con el reclamo de millones
de americanos libres; que no sea tardía
la justicia,
porque es terrible marca de ignominia
no oír a tiempo las voces repetidas
con que claman los pueblos por sus héroes
en horas decisivas!

Tu retrato reciente,
Capitán del Brasil en agonía!
muestra barba crecida,
con un luto que llama, golpeando,
en la luz misma en que amanece el día!

Carlos Luis Sáenz.
Costa Rica, marzo 15 de 1945.

A Luis Carlos Prestes

(En el Rep. Amer.)

Luis Carlos Prestes,
Caballero de la esperanza;
Brasil sabe de tu hazaña,
Brasil sabe de tu gloria,
Brasil tiene la epopeya
de tu obra libertaria
que se forjara en la entraña
de tu selva solitaria.

Como estratega asombraste
al militar enemigo.
Por libertar a tu patria,
por salvar al oprimido,
por redimir a los hombres
que vivían en la selva,
fuiste héroe, y luego mártir
del Gobierno de Getulio.

Vejaron tu cuerpo joven;
maltrataron a tu esposa,
la enviaron al campamento
de la Alemania nacista,
y ahí en el desamparo
nació tu hija Anita Prestes.

Por tu libertad lucharon
muchas gentes de América.
Tu madre Leocadia Prestes
fué campeona en esa lucha.
Abogó ante el poderoso,
desafió las tempestades,
y el corazón de Getulio
no se conmovió con nada.

La viejecita cansada
murió de pena allá en México;
mas hizo su viaje al cielo
y ante Dios llevó su queja.
Esa queja fué oída
por el que todo lo vela,
y cuando ya se vislumbra
la libertad en el mundo,
el triángulo de tu cárcel
dejó salir a su cóndor.
Caballero de la esperanza,
muchos millones de hombres
celebran que hayas salido
de la cárcel de Getulio.

Mercedes Martí

Costa Rica, abril de 1945.



César Vallejo
(Por Picasso)

Un joven poeta de Venezuela

Entre la brillante juventud que en Venezuela trabaja en los campos de la novela, la poesía, el cuento y el ensayo, el nombre de Oscar Rojas Jiménez es bien conocido y mejor admirado. Estudiante universitario, gran lector y por ello cincelador de una cultura —la sólida cultura humanística y filosófica que debe tener todo poeta que se estime a sí mismo en su poesía—Oscar Rojas Jiménez es de los jóvenes poetas venezolanos que como Vicente Gerbasi, Otto D'Sola, Olivares Figueroa, Venegas Filardo, Aquiles Nazoa, Ney Himiob, José Miguel Ferrer, y otros, toman la poesía como la más pura fuerza del espíritu, y la usan, no como bandería de pasiones personales, sino como alta expresión artística. Toda la poesía de este poeta de mi país se halla saturada de un exquisito lirismo, de un lirismo recio y elevado que va desde la flor hasta el bronce, del charco sangrante al madero florecido en primavera; un poeta de tonos finos, de expresiones ajustadas a lo cabal de la poesía, la poesía que, bien nacida, como dice Juan Ramón Jiménez, cabe en el poema como un niño en el vientre materno. No ha escapado tampoco el poeta Rojas Jiménez a cantar a nuestra gran América, en sus paisajes, en sus hombres. Y por eso este hermoso poema que dedica al gran poeta de *Trilce* nos lo presenta como un poeta de auténtica factura americanista, porque si América, es una gran novela sin novelistas, según el decir de Luis Alberto Sánchez, para sus poetas es siempre un tema inagotable.

Bienvenido a las páginas de este hospitalario *Repertorio Americano* del Maestro García Monge, este hermoso poema de Oscar Rojas Jiménez.

Aquiles Certad.

San José, C. R., abril de 1945.

Poema a César Vallejo

(Envío de A. C.)

Eres la noche, hermano,
la tremenda noche del aire enloquecido,
la noche americana, desolada,
que baja desde el cielo con lluvias y candelas
e ilumina tu rostro de piedra milenaria.
Tu conmovida frente pensativa,
herida con negros pedernales de los siglos,
como el pecho morado del Cristo de los indios,
asusta los grises conejos de la sierra,
a los trigales Floridos de Santiago
y a los niños que van a la escuela rural.
Porque tu rostro, César Vallejo,
con su cigarro azul entre los labios
y su lágrima caliente en las pestañas,
regresó a las tristes montañas silenciosas
donde el viento silba la vieja melodía del olvido
en su hueso solitario de verdes soledades.
Ahora besa el sacro polvo que pisa el sufrimiento,
el polvo caminante que mira los destinos
y se esconde en el agua lejana de tu infancia
donde flota el gallo negro de tu escudo,
cruzado de navajas y agonía.
Eres la noche, hermano,
en tu sangre vital y apresurada
un árbol de suave fronda estremecida
con luna de amapola entre las hojas,
creció, interminable, por tus venas,
para ofrecer su luz a todos los que sueñan
libertad, sobre la tierra.
Los que vieron su sangre derramada
en la velluda piel de las alpacas
y en la cobija roja de la feria,
allá en tus sierras indias,
con nieve, clamor y gamonales.
Porque tu rostro, César Vallejo,
es el santo amuleto de tu pueblo
que anima la dulce cosecha de los campos,
las lluvias enlazadas del trópico sombrío,
con truenos, relámpagos y amores desatados
y vidas prematuras segadas por la fiebre.
Por él, César Vallejo humano,
labradores de cobre envejecido
descienden por riscos, colinas y montañas,
con hijos fatigados en la espalda
y fúnebres aullidos de zorros vagamundos
que apagan las estrellas y encienden los colmillos
de hambre y soledad.
Ellos sienten tus voces en la niebla,
como blancas ciudades sumergidas
en el fondo del alma lacerada.
Son los hombres obscuros de tu pueblo,
silenciosos campesinos de la altura,
con la coca de la muerte entre los dientes
construyendo sus falsos paraísos.
Son los mismos de ayer, César Vallejo,
sembradores del tabaco y el maíz,
elevando sus cantos hasta el sol.
Son los hombres colectivos de Amazonia
con el fuego y el águila en la frente,
fallecidos en brazos de la cruz.
Tú los miras con llanto contenido
y los llamas con nombres familiares:
a los buenos hermanos de la tierra
que te dieron un nombre universal.

Oscar Rojas Jiménez.

Corro de Niñas

(En el Rep. Amer.)

La tarde desmaya
su luz vesperal.
Las niñas en corro
se han puesto a cantar

en la vieja plaza
de la Catedral
el canto más bello
de la humanidad.

El parque sintiéndolas
parece vibrar
al compás unísono
del ritmo lustral.

"Unamos las manos
pidiendo la paz
para que los vientos
vuelen nuestro afán

y todas las niñas
las de aquí y de allá
respondan al nuestro
canto recental.

¡No más guerras cruentas
no más mortandad...

Los pobres guerrean
porque quieren pan!

Piden que los amen
la humanidad...
No más guerras cruentas
no más mortandad.

¡En vuestra impudicia
gobiernos, cesad.
En vuestro dominio
dictador, parad.

Llorando las madres
sus hijos están.
Los hombres guerrean
porque quieren pan

o porque la fuerza
sobre ellos está.
La tierra se eriala
al fuego tenaz,

que deja asolados
campos y ciudad
para el sobresalto
y el hambre hospedar.

Enferma el espíritu
veneno mordaz
que pone en el ánimo
ansias de vengar

la opresora ofensa
de ese realizar
que cercena el cuello
de la Libertad...

¡No más guerras cruentas
no más mortandad.
Las mujeres todas
sollozando están!....

Nosotras las madres
de un futuro hogar
los hijos que vengan
tendremos que dar...

¡No más hombres hagan
morir y matar!
Terminan las guerras
advenga la paz.

A cada lo suyo
precisa equipar
para que florezca
la conformidad.

Unamos las manos
lanzando el cantar
¡No más guerras cruentas
no más mortandad!...

para que los vientos
lo hagan llegar
a todas las niñas
de uno y otro mar,

y sea por siempre
desde ahora tenaz
éste nuestro ardiente
canto universal..."

Ciana Valdés Roig.

Cuba, marzo de 1944.

Mensaje a la juventud de América

(Envío de la autor. Cartago, Costa Rica, 1945)

A los jóvenes de América. A la juventud que hoy se yergue majestuosa como única esperanza de este mundo que amanece. A todo los hombres que quieran librar la divina batalla de la justicia y de la verdad.

Ya lo dijo hermosamente el viejo y venerado maestro Próspero: "La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir".

Este continente que habitamos, joven como nosotros en su pujanza de cumbre, torrentes y selvas vírgenes, nos pide también, como el personaje de Rodó, luz, amor, energía. Hemos de poner todo nuestro corazón en la causa de América; hemos de continuar la gesta heroica de Bolívar, de Sucre, de Sarmiento, de San Martín. Hemos de levantarnos con el gesto sublime de los héroes homéricos para saltar sobre los muros que aprisionan la libertad de nuestros pueblos y extirpar de una vez para siempre a todos los enemigos de la democracia americana.

Pero hagamos que esa democracia se vitalice, que no sea aquella democracia de trapo viejo que deslumbró a los viejas generaciones liberales cuya única aspiración consistía en el bienestar material egoísta, ahogando en el marasmo de su penosa digestión todos los brotes de verdadera cultura. La nueva democracia debe partir del hombre y a él debe volver, como las aguas de los ríos que salen del océano y a él tornan sosegadamente. Ha de entronizar los valores eternos del espíritu sobre lo perecedero material, porque de sobra sabemos cuán poco vale la holganza y satisfacción de la bestia, si no puede realizar sus aspiraciones el corazón y sus arrebatos la inteligencia. Y, sobre todo, busquemos el punto de partida, no en las discusiones retóricas de los congresos, no en los tratados internacionales, nó en la construcción de portentosas obras de ingeniería, ni en la erección de teatros, parques, y estatuas, sino en la educación popular. "Educar al soberano": tal la fórmula que nos permite decir todo un programa de transcendentales reformas democráticas que ha de realizar la juventud de América. El orden, el progreso, la justicia son prendas de hombres bien formados en las disciplinas de la cultura. "Hoy día, escribía Sarmiento hace más de un siglo, ya es un axioma aceptado por todos los pueblos, que la riqueza, que la libertad y todo progreso humano se reduce a una sola palabra: inteligencia. Y es ridículo que pensemos en tener pueblos e instituciones libres, con las hordas que siguen a un caudillo como hemos visto —y seguimos viendo en nuestros días— todos los que contamos veinte mil bárbaros manejados por un pícaro, asolando pueblos, sin saber precisamente qué es lo que quieren, porque generalmente no quieren nada sino seguir los impulsos de pasiones brutales".

Pretender una democracia de mediocridades incultas, sin estímulos nobles que suscitan la competencia de las superioridades, es dar al diablo las riendas de autoridad para que se entronice el más tremendo desorden y se pisotée la flor exquisita de la alta cultura. Sin cultura popular la democracia es un mito que sacrifica toda idea de superioridad moral que rebase la innoble actitud del medro, del interés egoísta. "La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y actamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social, que ha destruído las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituye con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional"; tal piensa Rodó.

Mas a esta cruzada por la vitalización de nuestra democracia a través del levantamiento cultural de nuestros pueblos viene unida otra cruzada impostergable, inmediata, que debe librar la juventud de toda América. Es la lucha a muerte y por todos los medios posibles contra la ignorancia, contra la incivilidad, contra la barbarie, el odio y la rapiña encarnada en todos los tiranuelos que esclavizan y matan al grande, al libre pueblo de América. La idea de una Federación de la Juventud Hispano-Americana ya fué objeto de un comentario por parte del periodista costarricense Juan de Dios Trejos en la *Prensa Gráfica* de El Salvador, y este mensaje que ahora enviamos desde suelo costarricense, no tiene otra finalidad que la de hacer un llamado a los pechos generosos que alientan el deseo de continuar la lucha iniciada por Bolívar en pro de la unidad de América. Es hora de realizar esta unidad, no por medio de los abrazos de los embajadores, sino directamente, a través de los pueblos, y, sobre todo, por medio de la juventud sana y bien orientada de cada país. Este será el primer paso en el camino de la restauración democrática, que como lo hemos dicho, debemos realizar, si es que de verdad la humanidad busca un mundo mejor. La conquista de la libertad de cada hombre y de cada pueblo es la condición indispensable y primordial para levantar la estatua de la democracia, mientras aquella no se haya realizado, vanos serán todos los esfuerzos por hacer llegar los beneficios de ésta a la multitud, porque no hay, no puede haber vida democrática donde falta el aire, la luz, el oxígeno de la libertad.

Quiera el cielo terciar a nuestro favor en la dura lucha que nos proponemos para que a la vuelta de una generación podamos ver sobre el pedestal granítico de los Andes, allí donde el Libertador acarició su inmortal delirio, la gloria de una América libre en sus montañas, en sus mares y en su cielo, y, sobre todo, libre en la radiante plenitud de la persona humana.

Luis Barahona.

En este feliz aniversario...

(Envío de Cornelio Hispano. Es un recorte de La Razón. Bogotá, 26 de marzo de 1945)



En casa del Sr. Cornelio Hispano, Cónsul General de Grecia en Colombia, el 25 de marzo de 1943.

Con el Cónsul, el Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, Embajadores de Rusia, Brasil, México, Ecuador; Plenipotenciarios de Polonia, Bélgica, etc.; literatos, periodistas, griegos, etc.

Con motivo de la celebración de un nuevo aniversario griego, el cónsul de ese país en Bogotá, señor Cornelio Hispano *pronunció en el día de ayer el siguiente discurso:*

Excmos. Señores embajadores y plenipotenciarios de las naciones unidas, señores:

Cuatro años hace hoy nos reunimos al lado de este mismo busto, obra de un antiguo escultor griego. Nos acompañaban los excelentísimos embajadores Spruille Braden, de los Estados Unidos; José Santiago Rodríguez, de Venezuela; Francisco Cavalcanti Pontes de Miranda, del Brasil; Emilio Edwards Bello, de Chile; Gonzalo Zaldumbide, del Ecuador y Alberto Candioti, de la Argentina; plenipotenciarios de otras naciones extranjeras, y amigos desaparecidos o presentes aquí. A los ausentes y a los desaparecidos consagro un cariñoso recuerdo.

Aquellos eran días tenebrosos, para la mayoría de las gentes se acercaba el fin de la civilización greco-latina. Chocoeslovaquia, Holanda, Bélgica invadidas, bombardeadas y saqueadas brutalmente; Francia desmoronada; los Estados Unidos de América en expectativa ante el horror del conflicto; la Santa Rusia, un enigma. Fué entonces cuando en este mismo sitio se pronunciaron estas palabras: "El porvenir duerme en el regazo de los dioses. Pero aun en medio de la oscuridad de los días que vivimos podemos entrever que a pesar de graves temores y peligros, la civilización, obra del genio griego, que disfrutamos desde hace más de cuatro siglos, no perecerá por más que contra ella se levanten, armadas de todas las armas ,las fuerzas del mal y de la violencia, que nunca fueron nada estable en los pueblos.

"Si lo que durante tanto tiempo ha dado razón de existencia y ha engrandecido a la humanidad desapareciera; si la democracia, la república, la libertad, la verdad, la justicia, el amor, la piedad llegaran a convertirse en palabras vacías de sentido, la vida no valdría la pena de vivirse; nadie querría sobrevivir a tan espantable desquiciamento social, a esa nueva esclavitud de los espíritus, pero esta pretensión absurda no triunfará, y, si triunfara no duraría mucho tiempo, porque el reinado de la razón y de la dignidad, que fundadas en la ciencia y en la filosofía, levantaron, como un monumento imperecedero, los pensadores griegos, renació maravilosamente aún después de diez siglos de barbarie; porque sólo la verdad, la libertad y la belleza permanecen y duran para siempre".

Después de cuatro años todo ha cambiado; ya no es incierto sino claro el porvenir la civilización que heredamos de los griegos, antes que perecer, se afirma en los espíritus; el triunfo de la libertad, de la razón, de la democracia contra la tiranía es una fulgurante realidad. Por mi parte, me siento feliz al pensar que asistí a un sublime espectáculo semejante al contemplado por la humanidad hace dos mil cuatrocientos noventa años ante una vasta llanura marítima del Atica. De un lado, las innumerables hordas de Darío, capitaneadas por sus generales, y del otro, un pequeño ejército y un hombre extraordinario, uno de esos varones pujantes que en las horas de peligro son ellos solos una muralla irreductible para la patria. Grecia se entregó a ese hombre, y su gobierno le confirió todos sus poderes, como la Gran Bretaaña, ante el inminente peligro de las innumerables y feroces hordas germanas, confió su suerte, su honor y su misma vida a otro hombre extraodinario. Cuando el señor Winston Churchill, solo delante de aquella catástrofe europea, decía a su pueblo y a su pequeño ejército: "En la desigual lucha a que vamos a entrar yo no puedo ofreceros sino sangre, sudor, lágrimas", sencillamente repitió lo que Milciades ofreció a su pueblo y a sus diez mil soldados en vísperas de Maratón.

Pero qué era lo que daba tánta fuerza a las palabras de esos superhombres, lo que los impulsaba a decidirse a librar esas batallas, qué era en realidad lo que ambos defendían a costa de sacrificios inenarrables? Defendían la libertad, la democracia, el derecho, la justicia? No señores. Esos hombres, en aquellos momentos culminantes de la historia de la civilización, defendían algo más precioso, más trascendental. Luchaban, con los pechos enguidos y los puños cerrados, contra las hordas bárbaras, por la dignidad humana, una cosa tan excelsa, tan esplendorosa, tan grande que en ella se comprenden, como accesorios, la libertad, la democracia, la justicia. ¿Y quien creó, cuál pueblo fundó en la tierra ese sentimiento de la dignidad humana? El pueblo griego que, superándose a sí mismo, exaltó al hombre hasta la divinidad. Ninguna otra nación, desde los orígenes, realizó tal prodigio, alcanzó semejante cumbre. Es lo que el genio de Ernesto Renán desentrañó, sintetizó y llamó "el milagro griego".

El nuevo conquistador tudesco, que soñaba ser amo del mundo, Adolfo Hitler, entró a Roma por la puerta pía, entre aclamaciones, y llevando en alto la cruz gamada. Más tarde entró a París, en silencio, después de un fácil triunfo, pero no fué a Atenas ocupada por la Gestapo y por sus tropas de asalto, porque a esa ciudad, sagrada entre todas nunca, desde Nerón

ni aun vencedores, se atrevieron a entrar los grandes criminales.

Señores: En este feliz aniversario, ante Pallas Atenea, la diosa de la sabiduría y de la razón, al lado de este busto de Homero, *Omiros*, cifra y compendio de treinta siglos de cultura griega; delante de esa Victoria mútila, que el pueblo helénico adoró en Samotracia, os invito a elevar los pensamientos en homenaje a la eterna Hélade, el país de los dioses que trajo al mundo, e hizo florecer maravillosamente, el sentimiento de la dignidad humana; que nos dió, en los sangrientos campos de batalla, en los juegos olímpicos y en las obras de sus filósofos, de sus poetas, de sus oradores, de sus historiadores, la norma suprema de vida de verdad, de belleza, de gloria. "The glory, that was Greece!

Dos artículos tauromáticos

Box 300-R.D.I.
Wilkinsburg, Pa.
9 Febrero 1945.

Querido Don Joaquín:

Le sorprenderá que yo sea quien le envíe este recorte del Excelsior *(Mexicano). Pero los toros, por bien, o por mal (yo creo por mal) son algo tan hispánicos que vale la pena de estar informando de este* sector *(dispense la palabrita sector) de la opinión. Yo he estado dentro de una plaza de toros sólo dos veces y en mi tiempo, mi generación (todavía del siglo xix) consideraba los toros como algo pecaminoso pues que iba contra nuestro esfuerzo civilizador. Ahora los letrados, sabios, artistas y políticos de izquierdas son taurófilos. Me sorprendió en México que así que llegaban los refugiados, hasta los catalanes de altura preguntaban cuándo sería la próxima corrida. Por esto he recortado el artículo del* Excelsior. *Además de dar información taurina y literaria está escrito sin los pedantes adjetivos de los escritores actuales y sin frases retorcidas que cuestan traducir al mero castellano.*

Le escribo también para pedirle un favor que algunos otros agradecerán: Es un anuncio breve de la

LIBRAIRE ESPAGNOLA
A. Morera
10 Rue Gay Lussac-París V.

Este señor Morera, es persona decentísima e inteligente, del todo de fiar. Se ofrece a encontrar libros raros y despachar modernos, impresos en América. Está en París en aquella librería desde que tuvo que emigrar. Bien relacionado y enterado, buscará, y encontrará, material bibliográfico raro, como fotografías, folletos, libros agotados. Dígame cuánto le debo por el anuncio.

Cuando estaba en Nueva York, la semana pasada quise visitar y conocer a Campos que continúa muy enfermo en el Columbus Hospital. Qué gran persona. Pensar que hombres así, tan raros en la América Latina, se destrozan dejando sólo un rastro de heroísmo. Campos me habló de Ud. con aprecio singular. Envíele el Repertorio. *Todavía no puede leer: pero encontrará quién se lo lea. En un cuarto pequeño, con poca luz, allí se sostiene puesta su esperanza en el lejano Puerto Rico. Habló de dignidad, de patria, de nación, de bandera, con un acento tan fino que me parecía oír a Martí. ¡Un creyente!*

Adios, queridísimo don Joaquín, Mande a su affmo.

José Pijoán.

Errata

Corríjala, en la carta del Investigador, última línea de la segunda columna de la página 350 y en el número pasado.

Dice mal: oblícuamente. Lea bien: obviamente.

Porfía a vida o muerte

Dije al principio de mi anterior crónica que la baraja actual de ases taurinos mexicanos me parece superior a la española. Ahí van las razones. Tiene México cinco toreros, acaso más, de primera categoría, en plenitud de facultades. En cabio, España, fuera de Manolete y Domingo Ortega, no parece que cuente hoy con astros de primera magnitud. Al menos, cuajados, definidos completamente. La prueba de esto es el éxito de Arruza en España. Heos leído crónicas de Madrid reproducidas en México. Según los cronistas, Arruza ha triunfado sobre todos, salvo Manolete. Pues bien: Arruza es en México un magnífico torero, pero no ha eclipsado a quienes integran actualmente con él el toreo mexicano.

Veamos cualidades y calidades: Armillita, torero completísimo, dominador con la capa, las banderillas, la muleta, maestro en una palabra; Silverio, el de más emoción, sin duda, con su toreo trágico, crispado, de filiación belmontina; Procuna, que nunca deja de tener interés en el ruedo, haga lo que haga, artista, lleno de gitanerías, capaz de una faena de muleta como la que hizo la tarde de la oreja de oro en la última temporada, y que fué por su sabor como una fiesta de cante jondo; Arruza, seguro y flexible como Armillita, con la ventaja de la edad y unas enormes facultades; Luis Castro, "El Soldado", a quien vimos en la temporada anterior media docena de verónicas que representan el toreo serio, grave, clásico —sin "ismos" diríamos en poesía—, y que ha logrado últimamente hacer de la lidia un todo armónico —lancear, banderillear, matar— desde que el toro salta a la arena.

¿Cuenta hoy España con un grupo de toreros semejante? Dictaminen los doctores. Mi opinión es que no.

*

En cambio, creo que al pase natural del torero mexicano le falta llegar a la lentitud y el temple que tiene el natural belmontino. No es que pidamos exactamente el natural de Belmonte, sino su clase. El natural que nosotros hemos visto a los mexicanos es ceñido, expuesto, valiente, sí, pero breve, rápido sin eso que llaman los entendidos "dejarse ver". A nuestro juicio, no basta doblarse con el toro. Hay que verlo pasar,

verlo ir y venir una y otra vez, como prendido, columpiado por la muleta. Diríamos que el natural breve es un octosílabo, y que es un endecasílabo el natural de Belmonte... y no es la primera vez, según creo, que se compara el temple y la suavidad de un pase natural, con la suavidad y el temple de un verso...

*

Otro achaque en que, a nuestro juicio, han incurrido e incurren lo mismo los toreros mexicanos que los españoles —y que, dicho sea de paso, no me parece que se ha vigilado suficientemente por el público, ni por los críticos taurinos— es el de tropezar con los toros, a fuerza de querer demostrar que se arrima el diestro—. Probablemente, ocurre esto a partir de Belmonte. ¿Qué, Belmonte estaba cerca del toro? Pues ahora verán. Y vemos esos lances en que el toro barre con el costillar la faja del lidiador, y éste lo empuja por las ancas como quien empuja una mampara giratoria. Feísimo. Porque se pierde la armonía plástica que han de formar el hombre y la fiera, y porque, además, suele haber mucho de efectismo y trampa en el juego: basta adelantar un poco el vientre a cuerno pasado.

Pero aunque así no fuera, el lance siempre perdería limpieza y suavidad. El torero no tiene por qué empujar a la bestia. La belleza consiste en que el cuerpo roce hasta lo inverosímil el cuerpo del lidiador, pero dejándole ileso. En esa exactitud de milímetro está el quid, como en una leve pincelada —angustia o presentimiento de color— está el toque genial de una pintura. El torero no tiene por qué alardear de su músculo, sino de su destreza, de su gracia para burlar al toro con la mariposa del capotillo. El torero no es un artista. No es un corredor de metas, ni un levantar de pesas, ni un lanzador de barra... No. Es un mozo —siempre se le ve así, aunque pasen los años— forrado de seda y oro, leve, ágil, que está allí en el ruedo, con toda la indefensión de la criatura humana ante las fuerzas ciegas del Destino y de la Naturaleza. Esa fuerza es el toro. Y es inútil que el hombre pretenda ser más toro que el toro, más fuerte en lo bruto que el bruto mismo. Todo lo contrario: cuando la montaña del toro avanza con sus puñales abiertos hacia el hombre, el arte está en esquivarle, sujetarse, burlarle, someterle mágicamente, a la manera que el rayo se enhebra en una aguja imantada.

El diestro está en la ribera de la vida; en la de la muerte el toro. Y alguna vez coinciden, y el toro rueda escupiendo la muerte en cuajarones de sangre, fulminando por la vida y el hombre se desploma frente a él, seco, lívido, congelado por la muerte. Esta es la tragedia, pese a sus detractores. Claro está que una mala corrida es un espectáculo deplorable. Pero también lo es una tragedia representada por actores mediocres.

*

Y ya que relacionamos una y otra cosa volvamos a Sánchez Mejías. ¿No era muy de torero su afición al teatro que le llevó a escribir dramas, uno de los cuales vimos estrenar en Madrid?

Nuestro conocimiento personal con Ignacio Sánchez Mejías vino por el camino del teatro. Leía un autor novel su primera obra a Lola Membrives en el cuarto de hotel de la actriz. Cuando el poeta —la obra era en verso—llegó con su libreto, se encontró a Manuel Machado, Cristóbal de Castro e Ignacio Sánchez Mejías. Lola explicó: "Ignacio estaba interesado por asistir a esta lectura. Si usted no tiene inconveniente...". "Por mí, encantado", dijo el novato. Al terminar los tres actos —un drama de emigrantes—Ignacio se acercó aparte al lector y le dijo generosamente: 'Eso está muy bien. Yo lo he vivido porque me escapé de polizón en un barco a México, siendo un muchacho".

Desde entonces fuimos amigos. Cuando Ignacio estrenó por primera vez, al salir del ensayo general, se paró ante el cartel que anunciaba en el Teatro Calderón su obra. Es costumbre que al nombre del autor vaya antepuesto el don, rigurosamente. "Don Ignacio Sánchez Mejías". Sabe el lector que en el cartel taurino el don no existe. Ignacio reflexionó un momento. A seguida exclamó:

—¡Veinte años llevando cornadas para quitarme el don, y me lo encuentro aquí otra vez!

Nos fuimos. Atocha abajo, hasta el "Palace", donde se hospedaba, y allí siguió hablándome de sus luchas, de su pasado, de sus inquietudes artísticas. Era un tipo humano muy interesante, sin duda. Una voluntad. Porfiaba con los toros como un hombre porfía con la vida, hasta vencerla. Le recuerdo toreando en Aranjuez con Larita —aquel torero que se pegaba con los toros— y con Belmonte, un día de San Fernando. Valiente con la capa, magnífico con las banderillas, lleno de coraje con la muleta. Clavar un par encerrado en las tablas, sin salida visible, era una de sus hazañas. Otra, iniciar la faena de muleta sentado en el estribo. (Eso que hizo "El Soldado" tardes atrás). A veces, se revolvía hacia el tendido y discutía de hombre a hombre. No quería dejar de serlo en ningún momento, y hubiera sido capaz de dirimir a golpes un insulto en la plaza.

*

Le creíamos retirado de los toros definitivamente, cuando un día volvió a cambiar el escenario del teatro por ese otro escenario más peligroso del ruedo. Era su afán de sentirse vivir. El hombre verdadero jamás acepta que la vida sea declive. Subir, subir, subir, y desplomarse. Donde el hombre cae, allí está la cumbre. ¿Retirarse él de la vida, de su vida? Eso había creído poder hacer. Pero la sangre calentaba sus venas. Y volvió a los ruedos.

Un toro lo atravesó en una plaza pueblerina, Manzanares. Lo trajeron a Madrid agonizante, en una ambulancia. El viaje y la cura deficiente que le habían hecho, pesaron en aquella terrible pugna.

Fué la misma ardiente, tensa, trágica porfía con la muerte que había sostenido con los toros y con la vida. Y cayó desangrado.

Angel Lázaro.

Querido D. Joaquín: Recorté otro artículo tauromáquico, aunque no me parece tan bueno como el anterior. Iba en el Nº 21 de Enero de "Excelsior" y a su lado otro de Indalecio Prieto mucho menos sincero por todos conceptos. No hay duda que aunque dé pena confesarlo el torero es mejor que el político en España. Esto me recuerda que Espasa Calpe acaba de publicar un Diccionario del Toreo, monumental en varios tomos. También en el siglo xvi se publicó el Diccionario de la Mística por Fray Miguel de los Angeles. Casi lo mismo. Se discutía allí entre arrobamiento y embebecimiento. Le confieso Don Joaquín que yo, completamente lego en la ciencia o arte del toreo, prefiero leer estos artículos que los del super ultramontano Maritain metiéndonos Santo Tomás a la siglo xix. *Si, el buen dominicano Tomás de Quino resucitara le aseguro yo que no sería tomista ni neotomista. Tampoco quiero suponer fuera aficionado al toreo, como nuestros neocatólicos españoles. Muy suyo,*

(P.)

Rematando la suerte

Y ya termino en este tercer artículo con los recuerdos e impresiones de los toros que yo he visto. Por cierto, que es curioso. Escribe uno de esto o de lo de más allá; la gente lee o no lee, y se reserva su juicio; pero escribe uno de toros, y todo el mundo pregunta y opina: "No sabía yo que era usted aficionado". "¿Cómo dice usted que Silverio...?" "No estoy de acuerdo con lo de Procuna". Eso que ha contado usted de Belmonte..." Sí: los toros apasionan a las gentes más insospechadas y sucede con ellos —con los toros— lo que, según Ortega y Gasset, ocurre con el amor y con la política, que todo el mundo entiende o cree entender de ambas cosas, siendo como son de las más difíciles. También los toros lo son. La prueba es cuanto se lleva escrito, pintado o esculpido sobre el tema. Lienzos, mármoles,

libros. . . Y lo que queda. Decía el ilustre crítico español—no crítico taurino, sino literario—que él llegaba a concebir un comunismo de tipo español, pero nunca un comunismo español sin toros. Y debe ser verdad. Porque conozco españoles de filiación comunista que no se pierden una corrida, y he visto estos días una especie de manifiesto taurino en homenaje a un torero, con unas cuantos firmas de comunistas o simpatizantes distinguidos.

*

Dejé en el aire al Niño de la Palma, al Litri, Gitanillo de Triana, Cagancho, Domingo Ortega.... Los demás fuera de aquellos de quienes ya hablamos, no me han dejado recuerdo. El de la Palma apenas pudo hacer más que estirar los brazos el día de su prtsentación como novillero en Madrid; pero a la gente le bastó con eso —y basta muchas veces— para decir: "Sí, señor, hay torero". Luego el poeta Rafael Alberti había de dedicarle sus famosas *Chuflillas* —"Torito, te digo y te lo repito . . ."—que son el punto en que Lorca y Alberti coinciden en esa poesía sureña, apoyada en folklore, llena de ángel y gracia, tan distinta de la poesía castellana y norteña llenas de profundidad y fuerza. Claro está que hay un Lorca —el de *Yerma,* por ejemplo —más vertical y profundo. Largo asúnto . . .

Luego el de la Palma engordó y se quedó calvo. Ya no es figura. El Litri era un torero feo, color de tierra, que hacía cosas, que tenía momentos; murió prematuramente, creo que de una cornada, no estoy seguro; en cambio recordamos la larga agonía de casi dos meses del Gitanillo de Triana, entre la vida y la muerte, a causa de una cornada en Madrid; era un gran torero, con el sabor de su gitana casta; cuando echaba la muleta tenía el temple y el mando del pase belmontino; Domingo Ortega era —y es—el torero castellano, seco, ardiente, fuerte, sobrio. Un pastor hecho torero, uno de esos pastores que se ven por las morenas y peladas tierras de Toledo (de por ahí es Ortega), plantados en el llano, aguantando la embestida del sol. Y llegamos a Joaquín Rodríguez "Cagancho" . . .

*

Creo que es uno de los toreros que ha modificado la lidia después de Belmonte. Asistí a su presentación como novillero en Madrid. Me parece recordar que vestía de grana y oro. Era una tarde de pleno verano. Recuerdo esto porque bajé de la Sierra a verle. Cuando "Cagancho" abrió el capote, dejó caer los brazos —juntos los pies, pegadas al suelo las plantas— y se pasó al toro una y otra vez, a dos milímetros del muslo, el público vió asombrado una lentitud que no había visto; era como una especie de cámara lenta. . . . Sí: allí empezaba, sin duda, otra manera de torear. Y desde aquel momento fué astro.

Por cierto que sólo a su fuerza como torero se debe el que se le respetara su sobrenombre. Al principio los críticos taurinos se negaban a estamparlo en letras de molde, y le ponían "Carancho" Hubo discusiones. Creo que el torero alegó que "cagancho" es el nombre popular de un pájaro de Andalucía, y que así le llamaban a él desde chico, cuando atravesaba los ríos para ir a torear a las dehesas . . .

Por fin, se aceptó el nombre. La fuerza del arte. . . y de las costumbres. Un cronista taurino, Corrochano, publicó en *A. B. C.,* una crónica, reseñando una corrida en Toledo, en la que decía que "Cagancho" era una talla del Montañés. Y no creo que el gran imaginero sevillano hubiera tenido a menos tallar algún momento del gitano, pues con caras de gitanos están tallados muchos Cristos de Sevilla.

De lo que no daba muestras al principio "Cagancho" era de dominar a los toros; genialidades, sí,, a lo Rafael el Gallo, pero falta de repertorio. Una tarde, en aquellas primeras corridas que toreó en Madrid, ya como matador—superaba la etapa del novillero— resultaron cogidos en el primer toro los dos espadas que hacían la terna con él. ¿Qué va a pasar aquí?, se dijo el público. Este hombre no acaba con los seis toros. Sin embargo, aquella tarde, que él no habrá olvidado, despachó solito sus seis toros en Madrid.

No he visto ahora a "Cagancho" en México —ya no soy un aficionado fiel, lo confieso, ni creo que he sido nunca eso que se llama "un aficionado", aunque tomo los toros muy en serio porque son lección de estética y aun de ética para muchas cosas—; no he visto ahora a "Cagancho", pero Ricardo Marín, el gran dibujante de toros a quien me encontré la otra mañana en el archivo de *Excelsior,* buscando colecciones de *Revista de Revistas* con dibujos suyos, me dijo: "Sigue habiendo un torero en la plaza".

*

Tengo el mejor recuerdo del público de toros que da Madrid. Cinco minutos antes de empezar la corrida, el público se paseaba por el ruedo; a la hora en punto de empezar la corrida, cada cual estaba en su sitio. No había apreturas, ni atropellos. Era el lugar donde se extremaba la cortesía, donde le abrían a uno sitio amablemente para pasar a su localidad. Cada uno de los quince mil espectadores sabía dónde estaba su puesto, y al llegar a él, saludaba familiarmente a los vecinos, como diciendo: "Ya estamos aquí los justos". Puesto que la fiesta había sido tachada de bárbara, había que demostrar que el público de toros era el más disciplinado, el más educado y el más justiciero. En la plaza de Madrid le dieron una pita a Alfonso XIII, por llegar unos minutos después de la hora, pita que él aguantó resignado, como aceptando la sanción. En la plaza madrileña, surgió por acuerdo tácito un plebiscito a favor de Sánchez Guerra —muy aficionado, no faltaba a su palco—, un plesbicito unánime, de la sombra y el sol, cuando el ilustre ex-Presidente del Consejo de la Monarquía se enfrentó con ésta y con Primo de Rivera. Hubo de suspender la corrida siguiente que era la de la Cruz Roja, patrocinada por la reina.

Un público que se ponía de acuerdo para todo; para silbar o para aplaudir, aunque hubiera siempre ese espectador que cuando las quince mil personas dicen que sí, salva su voto solemnemente: "A mí, no me ha gustado".

Claro está, que tenía sus venates de apasionamiento, como todas las multitudes, y más las de nuestra sangre, y que los tendidos metían miedo a veces. No hay que olvidar aquella caricatura del genial Bagaría, en que se ve a un toro con gafas doctorales, mirando a los tendidos, donde una multitud con caras de zorro, de asno, de león, de lechuza, etc., ruge enfurecida. . . El toro considera un momento el espectáculo, y exclama: "¡Pero cuidado, que son ustedes animales!" Sí, a veces en los toros sale esta animalidad que lleva dentro el hombre. Pero yo no soy demasiado pesimista a este respecto. Prefiero los pueblos con esta fuerza primitiva a los pueblos decadentes, y a esos pueblos considerados hasta ahora como muy cultos, muy científicos, muy gimnásticos y muy asépticos pero que inventan la bomba voladora, arma ciega contra la población indefensa —mujeres, niños —y aplican la ciencia a la barbarie más refinada.

*

Cuando el filósofo Keysserling pasó por España, escribió en la "Revista de Occidente" un ensayo sobre los toros, negando que fuese un espectáculo cruel. "Sólo es cruel el cobarde —venía a decir—y aquí no hay cobardía". Siempre se ha hablado de los caballos. "No me negará usted que los caballos con las tripas al aire. . .", dicen esos extranjeros que van a los toros a tirar serpentinas y confetti y que creen que el torero, una vez hundido el estoque y muerto el toro, debe ponerle el pie encima y levantar los brazos triunfador.

(Nosotros hemos visto en el cine esta versión). Pues bien; ya se inventó un peto para lo caballos; pero, además, no hay que tomar demasiado a broma la opinión de aquel personaje valleinclanesco: "No creo en los sentimientos humanitarios de los que se compadecen del caballo. Piensan, por un fenómeno subconsciente, en sus propias tripas".

Los toros son un espectáculo que acaba por vencer a sus enemigos. Ahí está el caso del antitaurino Eugenio Noel, que acabó escribiendo una novela corta —aquella en que decía que la cabeza del toro en la pared parecía estar viva, con todo el cuerpo del animal empujando detrás, que es una de las cosas más bellas que se han escrito sobre este arte. "No se puede escribir tanto contra los toros —decía "Azorín"— sin entender de ellos, sin ser un gran aficionado en el fondo".

Yo no quito, ni pongo rey; pero ayudo a mi señor pueblo, igual en esto al de México, a quitarse el sambenito de bárbaro que quieren colgarle los europeizantes, por su afición a los toros y digo que, considerándome una persona de muy malos sentimientos, jamás me ha avergonzado, ni creo que avergonzaré nunca de ocupar un asiento en el tendido. (Cuando las localidades no están ¡ay! como ahora, a precios de guerra).

Angel Lázaro.

Ideal de unidad americana

(En el Rep. Amer.)

En estos años de dolor para la humanidad, repítese uno de los acontecimientos que más han temido los hombres a través de los siglos: *la guerra*. La lucha provocada por la ambición, por la rebeldía, por la falta de espíritu de comprensión y de amor entre los hombres

Los americanos vemos con espanto la lucha perpetua de los pueblos europeos, en especial. Conocemos que la historia de estos pueblos, desde que comenzaron a formarse las diversas nacionalidades, ha sido una lucha eterna, un afán de poderío de las naciones entre sí, de odios tradicionales, de acomodamientos políticos y económicos que los mantienen en una tensión constante.

¡América!, el continente nuevo, el continente de la esperanza en un hombre mejor, el continente que sueña la eterna paz de la humanidad, ha participado en las dos últimas guerras de este siglo xx. Y ello le ha enseñado el torrente de dolor que la guerra engendra; y la columna vertebral de los Andes ha sentido escalofrío, al sólo pensar que los diversos órganos de este cuerpo americano, lleguen un día a ser lo que hoy son los países de la escarnecida Europa. Desde Alaska a la Patagonia, existe en el corazón de los americanos esa zozobra por el porvenir de estas naciones nuevas que nacieron con luminosidad de estrella para iluminar los caminos de la humanidad. Y los americanos de hoy sentimos la responsabilidad histórica de este hemisferio, creemos que la unidad de las veintiún naciones se impone; que debemos limar las pequeñas asperezas para que el odio no se apodere del espíritu de América. Muy al contrario, deseamos armonía, pedimos comprensión, exaltamos la paz e imploramos la presencia espiritual de los grandes valores americanos, que supieron encaminar estas tierras por los senderos del Bien.

Libertadores de América, estad presentes! Espadas de Washington, Bolívar, San Martín, Sucre, brillad al sol de la libertad para armonizar las legiones de América

Pensamientos políticos de Sarmiento, de Bello, de Jefferson, de Martí, iluminad a nuestros estadistas de hoy para que realicen el ideal panamericano que soñó Bolívar. Espíritus apostólicos de Hidalgo, Lincoln y Martí, asistid a los nuevos apóstoles.

Y tú, Franklin Delano Roosevelt, paladín de la unidad americana, defensor de la dignidad del hombre. desde tu asiento en el coro de los inmortales, vigila y guía el pensamiento y la acción de América.

Que el esfuerzo continental por unir nuestros pueblos por siempre viva. Que el 14 de abril sea la fecha simbólica para recordarnos que América es promesa, que América es redención, que América debe ser símbolo de dignidad humana,

Nuestra Patria Costa Rica, la diminuta y grande Patria nuestra, también tiene su realidad a prueba en la consolidación de la libertad americana, En la epopeya del 56, el Presidente Mora con visión que lo agiganta, no titubeó un momento en el sacrificio de los costarricenses, por la libertad de nuestra Patria Grande; y envió a nuestros labriegos que con gestos homéricos pusieron muy en alto el nombre de Costa Rica. El sentimiento de libertad que los costarricenses habían adquirido, floreció en brillante acción de guerra contra los esclavistas; Walker huyó como la nube que pasa para que de nuevo brille la luz que caldea los corazones libres. Del fragor del combate nació un héroe que se convirtió en símbolo: *Juan Santamaría*, el soldado Juan no es un valor individual; es la representación de nuestros valientes abuelos de pie descalzo, de músculo fuerte, de alma sencilla.

Algunos discuten la existencia real del *Erizo*, pero qué importa. Santamaría encarna el ideal de libertad de la Patria; la masa anónima que responde por instinto a los destinos de la nación. Pensemos en el esfuerzo de nuestros mayores de escasa cultura. pero de noble espíritu, ajenos a los vicios que degradan al hombre.

Queramos a *Santamaría* hecho símbolo por la libertad de Costa Rica, dentro del concierto de los países de América. La vecindad de las fechas 11 de abril y 14 de abril, son significativas para los costarricenses. Ellas nos dicen que la libertad de América, depende de la libertad que cada país aporte y defienda en la vida de sus instituciones. El "día de las Américas" debe ser día de fervor ame-

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ce der ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
EL TOMO
(30 numeros):
$ 5 dólares
Giro bancario sobre
Nueva York

ricano, de elevación de espiritu y de una férrea compactación de ideales de unidad; y el mejor crisol donde pueda formarse este cuerpo místico, son los corazones y las mentes de los jóvenes.

¡Juventud de Costa Rica, juventud de América! Elevad vuestros corazones y pulimentad vuestras mentes, para que los destinos de América sean gloriosos y de provecho al bienestar de la humanidad en el futuro.

Gabriel Ureña.

Desamparados, Costa Rica, 1945.

Las cartas

San José, Mayo 3 de 1945.,

Señor Profesor
don Joaquín García Monge
Ciudad.

Muy estimado don Joaquín:

Con especial interés he leído el número de *Repertorio Americano* correspondiente al 20 de abril próximo pasado, pues siempre he sido un enamorado de la Francia inmortal.

En agosto de 1914, cuando los alemanes llegaron muy cerca de París, me encontraba yo en aquella gran capital del mundo civilizado y casi, en mi entusiasmo de joven, me enrolo en la Legión Extranjera y sólo debido al recuerdo de mis queridos progenitores, no realicé ese proyecto.

Pude admirar el entusiasmo de aquellas legiones de valientes franceses que, al grito de "Vive la France", y entonando las vibrantes estrofas de la gran Marsellesa, desfilaban por las calles de la Ciudad Luz hacia el Marne. Y fué el valor de esas fuerzas y la magnífica dirección de sus grandes mariscales Joffre y Foch, los que salvaron a Francia de la humillación de una derrota.

En junio de 1940, cuando supe que París había caído y que Hitler había desfilado al frente de sus tropas por el Arco del Triunfo, sentí como si algo muy mío había sido ultrajado y humillado.

Yo, que pude palpar el odio que los franceses sentían por los alemanes, he podido apreciar el sufrimiento tan enorme que habrá experimentado ese pueblo durante los cuatro largos años de ocupación alemana.

Como latino lamento profundamente que Francia no ocupe lugar preferente en el actual momento, pero no dudo que la gran capacidad que ha tenido ese pueblo vuelva a hacer que surja nuevamente y que sea lo que siempre ha sido: el faro luminoso que ilumina al mundo!

Gloria a de Gaulle y sus huestes libertarias!

Lo saluda su ex-discípulo y amigo,

Roberto Ortiz.

A Myriam Francis

Con todo mi respeto y admiración

Permitidme, sublime Maga del pensamiento escrito, que un ser anónimo en el mundo de las letras os dirija estas sencillas pero bien sentidas líneas, agradecido por el mágico efecto que, en mi alma produjo, esa bellísima inspiración, publicada en el *Repertorio Americano* del 10 de los corrientes.

Mañana... Aparecerá una bella alborada que espera una alma juvenil y poética justamente confiada en la realización de sus ideales.

Esa maravillosa inspiración ha tenido el poder de despertar de su postrer letargo a una alma que ya siente el frío de sus últimos días, a los noventa y dos años de su azarosa existencia.

Ese *Mañana*, ha tenido el mágico poder de dar un poco de calor y de entusiasmo a una alma angustiada que, ya para ella no se le presentará ese *Mañana* sinó en sus postreros instantes de la vida para despertar en las regiones de lo ignoto, ante la Sagrada Majestad de Dios!

Siendo niño de escuela, gustábame ir a la cercanía de los montes a buscar las rojas amapolas para saborear el dulce líquido que se encerraba en su cáliz; así he saboreado los poéticos pensamientos que encierra ese bien inspirado *Mañana;* como saborean las mariposas y las abejas el dulce néctar que contienen en sus corolas, las blancas azucenas y el perfumado jazmín!!

También admiro esos pensamientos del *Mañana*, como se aprecia y se admira un brazalete en filigrana de oro puro, con escogidas piedras preciosas, salido de las manos de Benvenutto Cellini.

En el *Repertorio Americano*, ese admirable trabajo de nuestro incansable y modesto sabio, el Profesor don Joaquín García Monge, en su patriótica labor de difundir por todos los ámbitos del Continente nuestra incipiente cultura: en esas páginas cuando llegan a mis manos, ansiosamente busco las sentimentales producciones de Myriam Francis, con el mismo entusiasmo del coleccionista de sellos postales, pero no pegarlas en un Album sinó para grabarlas en mi corazón!

Le dirige estas líneas, un triste ser que, como la humilde flor de la montaña se marchita al entregar sus últimos perfumes a las brisas de la tarde; pero que también siente el frescor del rocío de la noche que vivifica la planta que languidece al ocultarse el sol!

Tales son los sentimientos de este su humilde admirador,

Luis Jerónimo Bonilla.

San José, Costa Rica, mayo de 1945.